

CONFERENCIA DE PRENSA

Discurso de Georges Combet, Director General del Gas en Francia, presidente del Congreso Internacional de Estética Industrial de París. 1953.

Os hemos invitado esta tarde para anunciaros que durante los días 14, 15 y 16 de septiembre próximo se celebrará en París un Congreso Internacional de Estética Industrial.

En Londres, bajo el patronazgo del British Council of Industrial Design, ha habido en 1951 un Congreso de Estética Industrial, al cual asistieron trescientos congresistas. En Alemania, en Darmstadt, un millar de auditores tomaron parte, en septiembre último, en conferencias cuyo tema fué "El hombre y la técnica" e igualmente la "Investigación de las formas"; y la ciudad de Stuttgart se prepara a organizar una manifestación del mismo orden. En Italia, la Trienal de Milán reserva un puesto de honor a las "formas útiles de la Estética industrial". Y no hablo de los Estados Unidos, en donde, prácticamente desconocida hace veinte años, la Estética industrial ha entrado de tal modo en las costumbres que no existe apenas empresa, desde la General Motors hasta la fábrica de bebidas gaseosas, que se proponga lanzar un producto al mercado sin conseguir previamente el concurso de un diseñador que o bien trabaje por su cuenta o que sea empleado de la misma casa.

En Francia no hemos llegado todavía a esta concepción. Los meritorios esfuerzos de algunos precursores—entre los cuales debo citar sobre todo a Jacques Viénot, fundador y director del Instituto Francés de Estética Industrial—están lejos de haber conseguido la adhesión de la gran masa de nuestros fabricantes. Por eso significa alguna temeridad pretender organizar, sin embargo, en París una manifestación pública internacional consagrada específicamente a tratar de las relaciones entre la estética y la industria. Mas algunos hemos creído que merecía la pena correr ese riesgo.

¿Cuál es la utilidad de un Congreso de esta índole? ¿De dónde arranca este movimiento de opinión que, poco a poco, va afirmándose en favor de una doctrina de aplicación todavía limitada y que incluso les parece a algunos como contradictoria en sus propósitos?

Este Congreso responde a dos clases de consideraciones: las unas, de orden positivo, utilitario e inmediato; las otras, de aspiraciones más generosas y más lejanas.

Empecemos, si a ustedes les parece bien, por las consideraciones prácticas.

En los escaparates de nuestras librerías acaba de aparecer un libro con este título: *La laideur se vend mal* (1). Entre paréntesis, diré que el autor de ese libro, Raymond Loewy, es un francés que hace treinta años se fué a los Estados Unidos, que posteriormente se na-

cionalizó en Norteamérica, y que ha sido allí el iniciador de la llamada Estética industrial. Ha creado una vasta empresa con sucursales en Europa, la cual comprende numerosos diseñadores aptos para dibujar lo mismo una locomotora, una parrilla para tostar pan que un paquete de cigarrillos.

Pues bien: yo no he de ser tan categórico como el señor Loewy. La verdad me obliga a reconocer que bastantes fabricantes continúan lanzando al mercado objetos que su propio gusto desapruueba. Como defensa, los aludidos invocan las órdenes perentorias de sus jefes de venta, los cuales afirman que estos objetos tan poco agradables son precisamente los que reclama la clientela. Pero un fabricante inteligente debe prever el futuro próximo y reaccionar contra el espíritu rutinario y timorato de sus vendedores. Es evidente que el gusto del público se forma. Un testimonio positivo de esta evolución nos lo da la comparación, con algunos años de intervalo, de la calidad media de los objetos expuestos en esa gran feria parisiense que se llama el Salón de Artes y Productos para el Hogar, el cual acaba de cerrar sus puertas después de haber acogido este año a más de un millón de visitantes. Ciertamente que no pretendo que sea bello todo lo expuesto en el mismo, pero eso no impide que de aquella multitud de aparatos recubiertos de laca o de esmalte blanco, y cuyas formas sencillas, con sus ángulos redondeados, para eliminar todas las asperezas y todos los salientes, se desprenda un estilo de una notable unidad. Si la fealdad se vende todavía, se vende cada vez menos, y puede asegurarse que en un mañana próximo dejará de venderse.

¿A qué obedece esta mejora general del gusto público? La razón principal de ello es sin duda que en nuestra época de racionalización y de producción en serie no se lanza ya una fabricación cualquiera sin una terminación cuidadosa. El industrial empieza a comprender que no hay nada más oneroso que cicatear en los gastos de los proyectos. El coste para establecer una cadena de producción es tan elevado, que es menester a toda costa evitar un error que, al repercutir en la serie completa, amenazaría con arruinar la empresa. No puede aceptarse ninguna omisión, ninguna falsa maniobra. Ahora bien: el estudio completo de un objeto no puede descuidar la forma de ese objeto. Hay una especie de indecencia en dibujar mal un aparato estudiado minuciosa y aun amorosamente en todas sus disposiciones. Todo elemento de fealdad es signo de desorden, de impropiedad y de inconveniencia. De suerte que, de una manera general, debe estar bien presentado el producto lanzado en gran cantidad al mercado por una empresa seria. Y, recíprocamente, no se concibe que un fabricante recurra a un diseñador de talento y sacri-

(1) *La fealdad se vende mal.*

fique tiempo y dinero para perfeccionar la envoltura de un aparato cuyo funcionamiento defectuoso ofrezca el riesgo de reunir después un concierto de reclamaciones de la clientela. El público se siente inclinado a asociar íntimamente las cualidades funcionales y formales de los objetos que se le ofrecen. La buena presentación aparece como la garantía del buen funcionamiento, como una estampilla de calidad. Y hay algo satisfactorio y reconfortante para el espíritu al comprobar que la fabricación en serie, gracias a la precisión de las máquinas que aquélla emplea y estimulada por las necesidades comerciales, tiende a hacer desaparecer el objeto impropio, con lo cual la CANTIDAD se convierte en factor determinante de CALIDAD.

Por supuesto, estas consideraciones optimistas tienen como base saber que el diseñador sabe su oficio y que el fabricante le facilita la labor, de tal modo que el ingeniero de fabricación, el director comercial y el diseñador puedan trabajar en equipo. Cuando se consigue esta colaboración, es normal que conduzca no sólo a una presentación atrayente del aparato, sino también a una reducción del coste de fabricación, PUES LA BUSQUEDA ESTÉTICA ASPIRA ESENCIALMENTE A SIMPLIFICAR, A ORDENAR, A UNIFICAR LA COMPOSICION. Su ley es la economía de las formas, y se propone menos ornar que depurar, ya que la perfección se alcanza, según la expresión de Saint-Exupéry, "NO CUANDO NO HAY NADA QUE AGREGAR, SINO CUANDO YA NO HAY NADA QUE SUPRIMIR". Ahora bien: las técnicas modernas de recortar, de soldar y de repujar se prestan económicamente a esta simplificación de las formas. Y estos volúmenes u objetos unidos, con perfiles pulidos, que evitan los desgarrones y los choques dolorosos, suprimen los nidos de polvo, facilitan la limpieza y conservación, satisfacen a la vez al buen gusto y al sentido práctico de la clientela.

Así, pues, la Estética industrial es cosa distinta a una doctrina académica o esotérica para uso de algunos visionarios. La Estética industrial ha adquirido su desarrollo en el país más realista del mundo, en los Estados Unidos. Recompensa al fabricante y paga lo que cuesta. La Estética es, por excelencia, un problema de actualidad. La investigación estética es como un hogar central a donde vienen hoy a convergir nuestras preocupaciones más inmediatas y más obsesiones. En primer término, es un factor de CALIDAD. Con ello nos asociamos a los esfuerzos de la Asociación que dirige el señor Guernier, el cual se ha propuesto el noble ideal de dar nuevamente su verdadero sentido a la vieja expresión CALIDAD FRANCESA. La Estética se presenta como una necesidad si queremos, como el Gobierno nos ha invitado, lanzar de nuevo nuestra economía, desarrollar nuestras ventas y especialmente mantener nuestro puesto en la áspera competencia del comercio internacional. Georges Villiers, presidente del organismo patronal francés, ha tenido a bien declarar: "Es innegable que LA ESTÉTICA VALORIZA EL PRODUCTO, y esta verdad, que penetra cada día más en el espíritu de los productores, ganará mucho con expandirse ampliamente si queremos disponer de un triunfo más para la exportación. En los momentos actuales, en los que la competencia internacional aparece cada vez con mayor severidad, es seguro que ese triunfo puede ser decisivo." Mejorando la calidad del producto, tendiendo a aumentar las ventas y exigiendo estudios profundos que conduz-

can a menudo a reducir el coste de la fabricación, la búsqueda estética constituye, en fin, un factor importante de productividad. De ahí resulta que nos hallamos en comunión de pensamiento con la Asociación Francesa para el crecimiento de la productividad, cuya bienhechora acción todos conocemos, bajo el impulso de su presidente, señor Norguet, y de su director, señor Lema-resquier.

Con nuestro intento de reunir a los jefes de empresa, a los fabricantes, los ingenieros, los arquitectos y los diseñadores que sienten esta necesidad de armonizar así las funciones y las formas de sus trabajos, permitiéndoles precisar sus aspiraciones, con frecuencia aún un poco confusas, contrastar sus ideas con sus colegas extranjeros y clarificar sus opiniones, creo que el Congreso que organizamos puede tener un efecto catalizador. Para ello es menester que cree un movimiento de opinión llamado a triunfar frente a múltiples reservas y obstáculos, y sus repercusiones en la economía de nuestra nación no pueden sino ser muy provechosas.

Pero la Estética industrial no es sólo una doctrina de utilidad inmediata y de circunstancias. Tiene ambiciones más amplias.

Desde hace casi un siglo se viene preparando una nueva civilización económica y técnica. Esta transformación, que ha sido comparada justamente a una mutación genética, no se efectúa sin choques, y ha dado lugar a numerosos disgustos. Resulta cómodo extenderse acerca de la tristeza de ciertos paisajes industriales, sobre la fealdad de numerosos productos de fábrica, sobre la esclavitud del trabajo en las fábricas y las actuales condiciones sociales, que están muy lejos de presentarse al espíritu bajo un aspecto encantador. Concibo muy bien que se eche de menos la época de los artesanos, que se tenga la nostalgia de aquel pasado al que la lejanía adorna con colores seductores, y que se busque en él, en sueños, una especie de refugio. Pero ¿es ésa una actitud valerosa? Es muy fácil declarar: "Nosotros no hemos querido eso." Esta civilización es obra nuestra. Y será lo que hagan de ella los hombres. Cada uno de nosotros aporta su piedra al edificio que poco a poco, y que bien o mal, no cesa de elevarse. Claro es que todo ello impone una dependencia moral. Necesitamos obedecer a los mandos de nuestra era industrial. A este respecto, véase lo que ha dicho el gran crítico de arte Bernard Berenson, que ciertamente no puede ser tildado de complacencia hacia nuestra civilización maquinista: "Necesitamos practicar una estricta economía si queremos encontrar asilo en la casa de los hombres." Pero la importancia de lo que está en juego merece bien que consintamos en hacer algún sacrificio. De nuestros esfuerzos depende que esta nueva casa sea habitable, acogedora y atrayente. Todo eso es verdad, incluso en su sentido literal.

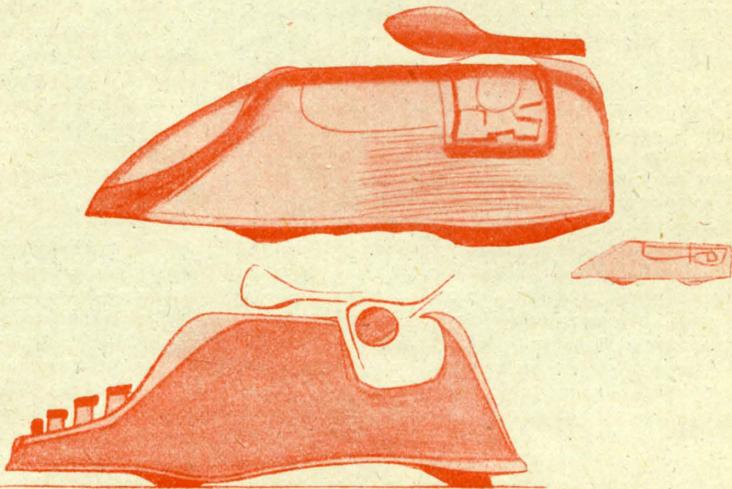
Me dirijo a aquellos de entre vosotros que son constructores o arquitectos. Y en primer lugar, a mi amigo el señor Rouger, presidente de la Federación Nacional de la Edificación. En la acción que hemos emprendido, su presencia a nuestro lado significa una gran ayuda. El presidente señor Rouger, no sólo ha puesto a nuestra disposición hoy los salones de la Federación y hasta ha organizado esta recepción, sino que está dispuesto a acoger, el 14 de septiembre próximo, a nuestros congresistas en este mismo ambiente, que es un modelo y una lec-

ción. Resueltamente moderno, pero en modo alguno agresivo, concertando a maravilla con la arquitectura noblemente académica del hotel que le hace frente al otro lado del jardín, las instalaciones y el edificio concebidos por Gravereaux y López, revestidos de metal por Prouvé, constituyen un éxito perfecto. No hay más remedio que aplaudir ante la recompensa que hace algunos meses ha sido concedida a esta obra por el Círculo de Estudios Arquitectónicos. Tengo el placer de citar aquí a ese Círculo, activo y brillante por la calidad de los arquitectos que a él pertenecen, los cuales me consta que, bajo la presidencia del señor Sonrel, siguen todos con interés nuestra acción. No puedo olvidar tampoco a la Unión de los Artistas Modernos, que, presidida por el señor Herbat, dirige con valentía, en un terreno similar al nuestro, un combate paralelo.

Pero la futura casa de los hombres no será hecha solamente con piedras y cemento. Los autores responsables de la gran transformación que está operándose son en primer término los productores de las diversas formas de energía de que nuestra época hace un consumo tan insaciable. Son los que cubren nuestro suelo de muros, de columnas, de castilletes y de gasómetros. Son las industrias para extraer el carbón, las productoras de electricidad, de la búsqueda y el refinado del petróleo y la fabricación del gas. Son asimismo las poderosas industrias del hierro y del acero, de las minas, de los altos hornos y de los laminadores. Son las que crean y organizan esos diversos medios de transporte, cuyo prodigioso desarrollo es uno de los rasgos más destacados de nuestra época: transportes por el agua, por el hierro, por carretera y por los aires. Es el comercio de banca, animador y regulador de nuestra economía industrial. A este respecto, me complazco en señalar que un gran establecimiento bancario ha sido el primero en adherirse a nuestro Congreso. Es igualmente

la prensa, prensa especializada y prensa de gran información, cuya misión consiste en aconsejar y orientar a esa potencia soberana que se llama opinión pública. Del apoyo de toda la prensa depende en gran parte el éxito de nuestros esfuerzos. Y a todas estas diversas empresas básicas viene a incorporarse el conjunto de las industrias de la transformación y todo el mecanismo de la distribución. En todas partes, la Estética industrial tiene su puesto, ya se trate de construir una gran fábrica, una ingente presa, o de estudiar un aparato tan delicado como una máquina de escribir o un aparato de fotografía o de cinematógrafo, o incluso sencillamente de empaquetar un producto de consumo corriente y de componer la etiqueta del mismo. Porque hasta las propias Artes Gráficas están directamente interesadas en la investigación estética aplicada a la industria. Como muy bien ha escrito el señor Roger Nathan, director general de la Sociedad Cenpa, "el embalaje es un soporte maravilloso de publicidad", no obstante haber expresado por su parte Augusto Dotoeuf: "Un producto de competencia desnudo, sin envoltura, se vende mal. Lo que se vende caro es la caja hecha de imponderables en la cual va envuelto."

Ven ustedes, pues, cuán vasta es la acción que nos proponemos emprender. Por eso hacemos un llamamiento a todas las buenas voluntades. Los Poderes públicos nos han prometido su benévolo apoyo. Procedentes de todos los horizontes, hemos conseguido ya numerosos concursos. Pero quedan todavía muchos refractarios a los que debemos persuadir y, sobre todo, una gran masa de vacilantes que esperamos convencer. En nombre del Comité Internacional de Estética Industrial me dirijo, pues, a vosotros de una manera apremiante para que hagáis conocer en derredor vuestro nuestro esfuerzo, para que logréis triunfar frente a las reticencias, con objeto de asegurar el éxito de esta manifestación, para el mayor bien de nuestra economía y también para la defensa del prestigio francés.



Croquis del arquitecto A. Nizzoli para una máquina de escribir.